

REFLEXIONES ACERCA DE LAS RELACIONES ENTRE GENOVA Y EL SULTAN DJEM*

Laura Balletto

Mahoma II, el conquistador de Constantinopla, "el águila grande", a quien Joaquín Rossini ha dedicado, en el año 1820, un melodrama, murió el jueves 3 de mayo de 1481 en el campo militar de Gebze, en Anatolia, pocos días después del inicio de una expedición hacia el sur, quizás contra el sultán mamaluco de Egipto, tal vez contra Rodas. Había tenido siempre cuidado de mantener lejos de sí, y entre ellos aislados, poniéndolos al frente del gobierno de las provincias anatólicas, a sus dos hijos (que le quedaron luego de la muerte del segundo, Mustafá Celebi, en 1474): Bayaceto, el primogénito, destinado al gobierno de Amasia; Djem, el tercer hijo, enviado al gobierno de Caramania con capital en Qonia.

Al abrirse la sucesión Bayaceto pudo alcanzar por pri-

* Conferencia desarrollada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, setiembre 1993. Traducción realizada por la Prof. Cristina Lucero de Auriemma.

La Doctora Laura Balletto es profesora de Historia Medieval del Mundo Mediterráneo Oriental en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Génova.

mero Constantinopla, invitado de urgencia por sus dos yernos, altos oficiales en el ejército: por Amasia a Escútari -suburbio de Constantinopla en la ribera asiática- a caballo, luego a través del Bósforo, escoltado por altos dignatarios de la corte que se habían trasladado a Escútari a rendirle homenaje. Djem, a quien no alcanzaron a llegar los tres mensajeros enviados inmediatamente por el gran visir Qaramànì Mehmed Pasciá, su partidario, debió contentarse con instalarse en Brussa, la antigua capital otomana. Proclamado sultán frente al hermano mayor, bajo la motivación que él, Djem, había nacido cuando Mahoma ocupaba el trono, mientras Bayaceto había nacido cuando el padre era solamente príncipe, durante el reinado de Murad II, Djem propuso a Bayaceto la división del Imperio, con la cual correspondería a él mismo Asia Menor, y a Bayaceto la parte europea.

La propuesta no fue admitida por Bayaceto, quien gozaba del apoyo de gran parte del ejército, a quien se le había prometido el aumento de los salarios. Djem, que gobernó por dieciocho días en Brussa y acuñó moneda, fue derrotado por las tropas de Bayaceto en Yenischehr el 22 de junio de 1481; se trasladó a Qonia, donde llegó el 26 de junio, permaneciendo allí durante tres días; partió el 29 para Siria y Egipto. Arribó el 26 de julio a Aleppo, cuyo gobernador le ofreció una escolta para acompañarlo a Damasco, donde, por orden del sultán Kayit bay, fue bien recibido y permaneció por un mes y medio. Fue luego a Jerusalén, atravesó el valle de Hebrón, pasó por Gaza, y el 30 de setiembre llegó a El Cairo. Allí Kayit bay lo recibió con grandes demostraciones de amistad, asegurándole su apoyo.

Pero la ayuda inmediata no le fue prestada. Dejando la familia en El Cairo, Djem regresó a Anatolia en la primavera de 1482, luego de una peregrinación a La Meca. Ni siquiera el favor de Kasim bay, príncipe de Caramania, quien estaba de la parte de Djem, logró hacerlo prevalecer sobre Bayaceto. Perseguido por las tropas de este último, con el objeto de atraparlo,

Djem se volvió a Occidente. Envió dos embajadores, Duan y Suleïman, al Gran Maestre de los Caballeros de Jerusalén, Pierre D'Aubusson, el héroe de la defensa de Rosas contra el ataque otomano de 1480, para pedirle hospitalidad.

D'Aubusson le envió una pequeña flota de los Caballeros para sacarlo hacia las costas de Caramania, con un salvoconducto, con fecha del 12 de julio, con el cual concedía *"al ditto inclitissimo et excelentissimo signore Zam soldano e a quelli veneranno a Rhodi in soa nobilissima compagnia, tanto turchi comme mori e d'ogni altra nazione, taliter et secure et tute possianno con loro robe, beni, pecunie e ioye intrare a Rhodi, stare, partire ad ogni voluntà loro e d'esso serenissimo signore Zam soldano, sansa alcuna contradictione e impedimento"*.

El 29 de julio Djem llegó a Rodas. Permaneció durante todo el mes de agosto para decidir qué debía hacer en coloquios con el Gran Maestre; para meditar sobre la necesidad de buscar un refugio más seguro contra posibles intentos de Bayaceto para adueñarse de su persona o hacerlo matar, como el mismo D'Aubusson le hizo presente; para organizar su traslado a Francia, donde contaba con alcanzar la Hungría de Matías Corvino, con el fin de retomar, con su apoyo y con el de Occidente, la lucha contra Bayaceto.

Pierre D'Aubusson escribió al papa, al rey de Nápoles, al rey de Hungría, haciendo presente a todos la oportunidad de aprovechar la ocasión para hacer estallar una guerra civil en Turquía, dando apoyo a Djem, que era generoso en favor de la cristiandad en el caso que llegase a subir a trono. Puso también todo por escrito, en un memorial reservado del 5 de agosto, con texto en vulgar italiano y texto en latín, útil para los oradores que se trasladaron a tratar la cuestión, sea en Occidente, sea con el mismo sultán reinante.

No se debe olvidar qué tratativas se estaban desarrollando entre el Gran Maestre y Bayaceto hasta noviembre de 1481, autorizadas oficialmente por el papa con carta al Gran

Maestre de 2 de julio de 1482, leída en Rodas solamente el 30 de octubre. Ellos formaban parte de la política inaugurada por Bayaceto inmediatamente después de la ascensión al trono, ya sea como consecuencia del frustrado sitio de Rodas de 1480 por parte de las fuerzas navales de Mahoma II y de la derrota de Otranto de setiembre de 1481, reinando el mismo Bayaceto, ya sea por la tutela del propio sultanato frente a las reivindicaciones de Djem, que gozaba de no pocas simpatías sobre todo en las provincias asiáticas del Imperio.

Por otra parte, la República de Venecia apoyaba a Bayaceto, quien se había apurado a renovar con Venecia, en enero de 1482, el tratado de enero de 1479, interrumpiendo así las correrías turcas en los territorios orientales de Venecia, que los jefes otomanos de las zonas de límite habían retomado bajo el pretexto que, con la muerte de Mahoma, había declinado el tratado véneto-turco de 1479, por él concluido. En setiembre de aquel mismo año de 1482, el dogo de Venecia se congratuló con Bayaceto por la victoria obtenida sobre Djem y, al saber que este último se había refugiado en Rodas, comunicó al Sultán de haber ordenado a todos los capitanes de las posesiones terrestres y a todos los comandantes de las naves venecianas de no dar hospitalidad ni ayuda ni consejo al pretendiente fugitivo. Aprovechaba de la situación para pedir a Bayaceto, a cambio, la liberación de los venecianos prisioneros de los Turcos y el pago de la relativa indemnización, según norma del tratado de enero de 1482.

El 1° de setiembre de 1482, Djem se embarcó en Rodas para Francia en la nave grande de los Caballeros. Había dejado escrita al Gran Maestre una carta en la cual declaraba trasladarse a Francia por su libre voluntad; una procura en blanco, en lengua turca, para que él pudiese por sí tratar con Bayaceto; un diploma en virtud del cual, en caso de recuperación del trono otomano, él habría mantenido paz perpetua con los Caballeros de San Juan de Jerusalén; garantizaría plena libertad de comercio a sus súbditos y vasallos en todos sus

dominios, con exención de aduanas y gabelas; concedería al Gran Maestre de elegirse cada año y llevarse desde las tierras del Imperio otomano trescientos esclavos cristianos de ambos sexos; pagaría a la Orden de San Juan de Jerusalén la suma de 150.000 escudos de oro por reembolso de los gastos que ellos habían por él sostenido.

El 2 de setiembre de 1482, mientras Djem estaba navegando hacia Francia, los mensajeros de Pierre D'Aubusson, Guy de Montarnaud y Leonard de Prat, recibían las instrucciones para las tratativas de paz con Bayaceto. En la carta de instrucciones se había agregado un *memoriale secretum*, relativo al recibimiento de Djem en Rodas. Los delegados de Rodas arribaron a Adrianópolis para definir los acuerdos con los representantes del Sultán. Luego, acompañados por Hayreddin bey, embajador del Sultán, reingresaron a Rodas, con el texto definitivo del tratado, que el Gran Maestre firmó el 7 de diciembre. Las condiciones eran positivas para la Orden, gracias al suceso militar logrado por los Caballeros en 1480 y también, sobre todo, por el hecho que ellos tenían en propias manos, como huésped -pero convertido con el pasar del tiempo casi en un prisionero- al príncipe Djem, cuyas aspiraciones al trono otomano constituían una grave preocupación para Bayaceto. La paz entre Rodas y Estambul era establecida de igual a igual: Rodas era eximida de cualquier tributo hacia la Porta. Las relaciones comerciales y las cuestiones jurídicas eran reguladas entre las dos partes.

En una especie de apéndice al tratado, y casi para su integración, Pierre D'Aubusson discutió un acuerdo con Hayreddin bey a propósito de Djem. La Orden se comprometía a custodiar como prisionero al joven príncipe contra el pago de 45.000 ducados venecianos al año y la entrega de algunas islas del Archipiélago griegos por parte de Bayaceto. Las tratativas fueron muy extensas, con un intercambio de correspondencia entre el Sultán y el Gran Maestre, con propuestas y contrapropuestas. En conclusión, el 4 de abril de 1483 Pierre

D'Aubusson aceptó el ofrecimiento, propuesto por Bayaceto el 5 de marzo precedente, de la recompensa anual de 40.000 ducados por custodia de Djem.

No obstante el salvoconducto de 12 de julio de 1482, Djem había sido sacrificado a las graves exigencias de la política contingente, también si se podía investigar sobre el hecho que el contenido del texto del salvoconducto formalmente había sido observado, en cuanto a Djem le había sido concedida la libertad de partir desde Rodas, según su deseo. El mismo Pierre d'Aubusson sentirá la necesidad de adelantar una justificación cuando escribirá en febrero de 1487 a Carlos VIII de Francia: "A nostre poursuiente et moyen, avec peril, despens et grand fraitz, le dict personnage [Djem] est venu en nostre povoir, lequel nous avons preservé de peril de mort et d'estre reduyt en main de son dict frere ou d'aultre, dont l'utilité n'en fust parvenu, et principalement pour la defense et conservacion de l'estat de nostre ordre et cité de Rhodes, chasteaux, places et isles, que nostre es frontieres du dict Grant turc, qui redonde et est en honneur et tranquillité de Christienté. Consideré que, avant et depuis la priure de Constantinople, XXXIV ans a passés le dict Ordre a souffert et receu perilz, invasions, oppressions, sieges et dommages. Dont a cause su dict personnage non seulement avonseu repos, mais aussy les pays christiens prouchains au dict Grant Turc, qu'ont eu pour ce apointement de paix, et meisme plussieurs christiens ont esté de captivité reduits en franchise".

En sustancia, la Orden, teniendo prisionero a Djem bajo atenta vigilancia, le garantizaba la vida contra cuantos tenían interés de asesinarlo (primero entre todos Bayaceto); al mismo tiempo la Orden podía servirse de Djem en una especie de chantaje contra el Sultán, con ventaja de Rodas y de la Cristiandad.

Djem poseía una refinada cultura. Había profesado en la juventud el estudio de las ciencias, de la geografía, de la astronomía, sobre todo de la poesía: tradujo del persa al turco

el poema *Khorscid et Djem-chid* (El sol y la luna) y escribió en turco una historia de Mahoma. Había igualmente practicado ejercicios físicos, tales como la lucha, la equitación, el manejo de las armas, el uso de la clava; había alcanzado la fama de ser el primer luchador del país.

Caoursin, vicescanciller de la Orden de los Caballeros de Rodas, que lo conoció personalmente, nos ha dejado una descripción pormenorizada. Djem gozaba de óptima salud. Era de alta estatura, con un rostro altivo, ojos azules y un poco oblicuos. Las espesas cejas se juntaban casi en la raíz de la nariz. Cabeza grande; orejas, boca y mentón pequeños, labios pronunciados, nariz aguileña, piel morena, barba corta y rala. Un tanto obeso de vientre y de cintura, tenía brazos, piernas y pies proporcionados. Sabía moverse con ligereza, ágil al montar a caballo, saltar, cazar y tirar el arco.

Cuando era contrariado, manifestaba de inmediato la cólera con el movimiento de los ojos y el sonido penetrante de la voz, que asumía un tono agudo, similar a aquél de las cabras; pero de inmediato sabía componer su rostro y sonreír. Si hablaba tranquilo -lo que sucedía raras veces- el modo era serio, templado y modesto.

Como su padre, comía demasiado. Dice un cronista que hacía siete comidas en el día; más que masticar, tragaba los alimentos. Amaba los asados; detestaba la carne hervida. Tenía predilección por los melones, uvas, peras y otras frutas. Usaba poco el pan. Bebía normalmente agua, en la cual diluía azúcar; tomaba vino solo si era aromatizado. Era poco tolerante con el hambre, el calor y el frío. Sudaba mucho, de tal modo que las gotas de sudor descendían a menudo de la frente y de las mejillas.

Se daba baños calientes y fríos: primero se lavaba con agua caliente; luego se sumergía en el agua fría. Era un excelente nadador: cada día se zambullía en el mar y nadaba bastante. Le gustaba acostarse en la terraza, a menudo pasaba las noches al aire libre. Muy vivaz, no podía permanecer en el

mismo lugar por largo tiempo.

Amaba el lujo de los vestidos; y aún en el exilio no renunció a la dignidad de príncipe. Observaba con atención a aquellos que lo rodeaban. Aparecía constantemente triste y pensativo; pero, cuando se encontraba frente al Gran Maestro, se esforzaba por aparecer alegre. Sabemos por el mismo D'Aubusson que Djem estuvo sujeto a momentos de depresión. Era muy religioso y observador de las leyes islámicas, hasta arrojarse furiosamente contra quien estuviese bajo efectos del alcohol.

Lo vio al arribo de Rodas el fray Merlo de Piozasco, que da de él un brevísimo retrato en una carta a la marquesa de Mantua con fecha 4 de agosto de 1482: "*Ello è homo de vinte sei anni, grande de persona, grasso, lo naso aquilino, lo occhio sinistro loscho, et pare essere homo discreto et de gran coragio*".

El humanista Matteo Bosso, que asistió a su entrada en Roma -cuando Djem fue trasladado de la prisión francesa a la custodia del papa- el 13 de marzo de 1489, nos presenta una descripción mucho menos cordial; pero es necesario considerar que habían transcurrido siete años -y siete años no fáciles- desde cuando Caoursin lo había conocido en Rodas: "*L'aspetto del barbaro è duro e fiero. Il suo corpo è atticcato e robusto. Testa larga, petto sviluppato e prominente, statura al di sopra della media. E strabico da un occhio, che tiene semichiuso; ha il naso aquilino. Fisionomia perennemente inquieta, dà una scorsa a tutto con gli occhi e sembra guardare in modo minaccioso. Mi pare all'incirca sui quarant'anni [en cambio tenía treinta años] e mi ricorda del tutto suo padre, di cui io ho visto spesso la medaglia scopita: è uguale, tanto per il carattere quanto per i costumi detestabili, l'inflessibile durezza e la crudeltà*".

Con Bosso concuerda sustancialmente el breve retrato que el 14 de marzo de 1489 da de él desde Roma el obispo de Tortona al duque de Milán: "*La effige de questuy è molto*

torva, con li occhi iniqui et stravolti, non grande di statura più del comune, sed molto più corpulento e ben formato". Nosotros podemos agregar que Djem tenía mucho el sentido de la propia posición pública de dignidad: "Essendoli nuntiato ch'el averia ad visitare el Pontifice in publico, fece pregare Sua Santità non lo volesse astringere al farli reverentia né basare al pede, ad ciò non venesse a perdere la gratia et reputatione de quelli del paese suo, quali non lo estimariano un fota se lo intendessino". En privado hubiese sido otra cosa.

Siempre en 1489, luego del arribo a Roma, Djem fue descrito por el pintor Mantegna en una carta al marqués de Mantua, con un retrato del cual no se trasluce simpatía: "Il fratello del Turco si trova nel palazzo del nostro Santo padre, dove è molto ben custodito. Egli viene spesso a mangiare dove io dipingo, e, per essere un barbaro, è dotato di buone maniere. Possiede una fiera dignità. Non si toglie mai il berretto di fronte al papa. Mangia cinque volte al giorno, dorme altrettanto, e beve acqua zuccherata prima del pasto, come una scimmia [...]. Ha un occhio come i tiratoridi balestra, che spesso tiene chiuso [...]. La fa da gran signore, fa il grande, benché non abbia nulla. Ha l'andatura di un elefante. I suoi servitori lo decantano molto e dicono che è particolarmente bravo a cavallo. Ciò può essere, non avendolo io mai visto né perdere le staffe né fare alcuna prodezza. E' un uomo molto crudele. Ha ucciso quattro uomini colpendoli alla testa e, da ciò he dicono, essi non sopravvissero più di quattro ore alle loro ferite. Tempo addietro ha dato un tale pugno ad un suo interprete che fu necessario portarlo al fiume perché riprendesse le forze. Si crede che Bacco lo visite spesso. Insomma, i suoi lo temono. Non apprezza nulla, come chi non capisce e manca di capacità di giudizio. Vive al suo modo. Dorme vestito. Dà udienza suduto al modo dei Parti, con le gambe incrociate. Porta sulla testa trentamila canne di mussoline e delle brache così lunghe, per non essere visto, che il suo bizzarro atteggiamento fa meravigliare tutta l'assemblea [...].

Insomma, ha un aspetto terribile, soprattutto quando Bacco gli rende visita [...]”.

La prolongada prisión, las angustiosas vicisitudes le habían exasperado el carácter y el comportamiento, como lo revela también el uso del alcohol, que en un tiempo había aborrecido. Lo confirma Marino Sanudo el joven, que describe el encuentro entre Djem y Carlos VIII de Francia en el Castillo de San Angel en Roma, en la presencia del papa Alessandro VI, en enero de 1495, es decir poco antes de la muerte del príncipe: "Il principe è uomo terribile, crudele, molto amato dai Turch. Se Dio avesse voluto -cosa che non ha fatto che egli vincessse Bayezid e divenisse signore della Turchia e dell'eredità paterna, che Maometto gli aveva lasciato, benché fosse più giovane del fratello, senza dubbio tutta la cristianità, anzi tutta la terra, sarebe stata afflitta da lui”.

Efectivamente, su padre, Mahoma II, le tenía gran consideración. Después de la victoria sobre Uzun Hasan da agosto de 1473 cerca de Baskent le escribió una carta, llamándolo "reflejo luminoso del jardín del Califato y del Sultanato, tierno ramo de la viña de la juventud y del árbol del Sultanato, defensor del Imperio y de la religión, favorito de Dios, rey de los reyes”. Pueden parecer fantasiosas expresiones al uso oriental, pero no pueden considerarse del todo gratuitas, sobretodo conociendo el temperamento y el modo de actuar de Mahoma II.

Al partir de Rodas el 1º de setiembre de 1482, Djem arribó con su séquito a Villafranche, en el ducado de Saboya, el 15 de octubre. Bayaceto había pedido a Venecia, con la cual mantenía excelentes relaciones sobre la base del tratado de enero de aquel gran nave de los Caballeros, y los Venecianos intentaron efectivamente adueñarse de él durante su viaje.

En Villefranche causaba estragos la peste y, al día siguiente (16 de octubre), Djem se trasladó a Niza, donde permaneció por cuatro meses, bajo la tutela de los Caballeros, huésped en la casa de un personaje que tuvo una cierta parte

en las visicitudes siguientes: Gaspare Grimaldi.

Grimaldi era ciertamente de ascendencia genovesa, aún cuando no es fácil identificarlo entre los homónimos que aparecen en este período. Poseía una óptima cultura, como lo demuestran sus cartas a Bayaceto, que se conservan todavía en los archivos de Topkapi del duque Carlos I de Saboya, que él llama su señor, mientras buscó establecer relaciones, más o menos secretas, con Bayaceto, esperando recibir, cualquier recompensa por su actividad de informador. Poseía en Niza la casa antes mencionada, lo que haría inclinarnos por su identificación con un Gaspare Grimaldi, co-señor de Chateau-neuf, en el condado nizaro, el cual tenía un hermano, Hilario, residente en Niza, si igual posibilidad no presentase también la identificación con un Gaspar Grimaldi que era hijo ilegítimo de Ludovico Grimaldi (muerto en Niza en 1435) y que fue legitimado por el duque de Saboya. Podemos recordar rápidamente que Niza formaba parte de los dominios saboyanos desde 1388, luego de la rendición al Conte Rojo.

La hospitalidad se transformaba para Djem siempre más en abierta y controlada prisión. No se le concedió partir para Hungría, fue detenido. Desde Niza, donde se había propagado la peste, Djem fue trasladado a Saboya por la calle de la colina de Tenda, Cuneo, Savigliano: primero a Chambéry, luego a Rumilly. Desde Saboya él intentó enviar como medios a Matías Corvino de Hungría, a los fieles Mustafa-beg y Ahmed.beg. Pero también ellos fueron arrestados y se los hizo desaparecer. Lo mismo que el séquito, compuesto de unas treinta personas, fue obligado a regresar a Rodas. En Rumilly el joven príncipe tuvo el modo de encontrar al duque Carlos I, que desde entonces se interesó repetidamente por su destino, proyectando incluso substraerlo de la custodia de los Caballeros.

La cuestión de Djem se convertía en un caso internacional, que terminó por interesar un poco a todas las cortes del tiempo. El Sultán tenía todo el interés de ver al hermano

eliminado de la faz del mundo para evitar el peligro que él podía representar, si hubiese vuelto a presentarse como pretendiente al trono, en el cuadro político euromediterráneo; al mismo tiempo quería estar continuamente informado de su estado de salud para no continuar el pago a los Caballeros de los 40.000 ducados, pactados para su custodia, si al mismo tiempo hubiese muerto sin que la Puerta fuese informada. Para el Gran Maestro de la Orden de Jerusalén, Djem constituía una eficaz garantía contra eventuales ataques turcos a Rodas (que habrían comportado, como represalia, la liberación de Djem) y era una fuente de dinero (por el subsidio anual entregado por Bayaceto); de modo que Pierre D'Aubusson se preocupaba de una rigurosa vigilancia, ya para impedir una eventual fuga del joven príncipe, ya para evitar cualquier atentado en contra de él. También otros gobernantes de la cristiandad aspiraban a tener en sus manos tan precioso rehén, no excluidos Venecia, el duque de Ferrara, el rey de Hungría, el papa Inocencio VIII, genovés, quien apenas había ocupado la silla pontificia, en agosto de 1484, dio comienzo a las maniobras para obtener de los Caballeros la entrega de su prisionero. Y otro tanto hicieron, en 1485, el rey de Nápoles Ferdinando I y Kazit bay de Egipto.

Para Bayaceto la existencia de Djem se convertía en un hecho casi obsesivo. Llegó a enviar al rey de Francia el elenco de las sagradas reliquias conservadas en Constantinopla, que él habría cedido si la corona francesa hubiese impedido que Djem retuviera el trono otomano. Ofreció a Pierre D'Aubusson la mano derecha de San Juan Baptista y al papa el hierro de la sagrada lanza como signo de gratitud por la ayuda que le fue dada a través de la prisión del hermano. Y en más de una oportunidad, cuando proyectó operaciones de guerra en el Mediterráneo, retrocedió frente a la discutida amenaza por parte del Gran Maestre (por ejemplo, en diciembre de 1486) de la liberación de Djem.

Mientras tanto Djem era trasladado continuamente de

lugar. Luego de una estadía en diversos castillos de Delfinado fue conducido, en febrero de 1484, a Bourgoneuf, luego a Monteil-au Vicomte, a Morterolles, a Boislamy, y nuevamente - en julio de 1486- a Bourgoneuf, donde se le había construido propiamente para él una torre como prisión, la "Grosse Tour o Tour de Zizzim", y donde permaneció hasta los primeros días de diciembre de 1488.

En agosto de 1486 llegó a Turín, Gaspare Grimaldi, proveniente de Génova. Le acompañaba un célebre marino y servidor del Sultán, Barak Reis, que había llegado a la capital ligur luego de un viaje de cuarenta y cinco días y se detuvo allí por un mes, encontrándose con Grimaldi. No fue ciertamente un encuentro casual. Por lo menos desde los primeros meses de 1485 Grimaldi estaba en contacto con un servidor de Bayaceto. David Stalianos, el cual, por cuanto parece, lo había entonces interpelado para organizar el asesinato de Djem. En una carta del 22 de octubre de 1486, dirigida al Sultán, Gaspare Grimaldi se disgusta por haber tardado en cumplir su encargo, porque le hubiese sido bastante más fácil proceder contra el príncipe cuando éste había sido huésped-prisionero, en 1482, en su casa de Niza.

La misión de Barak Reis en el verano de 1486 tenía un doble objetivo: acertar si Djem estaba todavía con vida (y este es el motivo declarado); estudiar si fuese posible proceder a su eliminación física (y esto era, seguramente, el intento escondido). En Turín él fue presentado por Grimaldi a la corte saboyana. Pero, dada la gran desconfianza que suscitaba todo aquello referido a Djem, entonces custodiado bajo rigurosa vigilancia en Burgoneuf, Barak Reis fue requerido para comprobar su real calidad de dependiente del Sultán no obstante su origen turco: es sabido que los servidores del Sultán eran tomados en gran parte entre los jóvenes cristianos de las campiñas; de modo que la praxis quería que no fuesen turcos.

Barak volvió a Génova para obtener de los genoveses que lo conocían, un testimonio acerca de su efectiva posición

en la corte otomana. Había por ello en Génova un círculo de personas que estaba unida al mundo turco no sólo por intereses económicos, sino también por conocidos y amistades personales, si bien en relaciones no siempre claras. El trámite mediato de tales contactos se explicaba a través, sobre todo, de la isla de Quíos, que funcionaba como puente entre la cristiandad y el imperio otomano. Estaban comprometidas importantes familias, como los Fornari, los Grimaldi, los Sauli, los Spinola, y también singulares personajes, como el mercader Battista Spinacio, que hacia la mitad del siglo XV realizó un viaje de negocios a Turquía, o como el famoso Jacopo *de Promontorio*, el cual vivió en la corte de Murad II y de Mahoma II. Para no hablar luego de aquellos hombres de distintas clases que permanecieron en Pera después de 1453 -cuando la misma se convirtió en una posesión otomana-, para continuar una modesta actividad económica, de cualquier modo no sin relaciones también con la vecina Estambul. Si bien no hay por qué sorprenderse que estuviesen en Génova, en 1486, personas que conocían directamente a Barak Reis y estaban en grado de dar testimonio de su identidad, resulta interesante el procedimiento para el reconocimiento personal a través de la relación de visu, como es de subrayar el hecho que las declaraciones (evidentemente escritas) por genoveses podían obtener credibilidad y validez en la corte de Turín.

Al regresar a Turín, Barak Reis fue obligado a volver de nuevo a Génova. Había sido robado el dinero que le servía para concluir la propia misión, y en Génova esperaba encontrar la suma necesaria. Frente a los resultados negativos, estaba por abandonar la empresa y retomar el camino de Oriente, cuando, encontrándose en Rapallo, conoció un proyecto de los Caballeros de Jerusalén para el traslado de Djem a Roma. Preocupado, inmediatamente se trasladó a Génova y de manera muy enérgica amenazó a los Maoneses de Quíos de eventuales represalias por parte del Sultán, si ellos no hubiesen satisfecho su pedido financiero. El logró su intento. Después alcanzó al

duque de Saboya en Vercelli y el 21 de octubre de 1486 partió secretamente para Bourgoneuf, donde se encontraba Djem: tuvo la posibilidad de ver al joven príncipe, como resulta de una carta enviada por Gaspare Grimaldi a Bayaceto, desde Turín, el 24 de noviembre, es decir el día posterior al regreso de Barak a aquella ciudad, y de una carta análoga, que acompaña a la precedente, del mismo Grimaldi, de la misma fecha, a Keivam bey, consejero del Sultán.

Entre tanto, como conocemos por una misiva, con fecha de 13 de noviembre de 1486, del duque Ercole de Ferrara a Cesare Valentino, embajador de Matías Corvino de Hungría, se venía tramando, todavía a través de agentes genoveses, un enésimo golpe de mano para adueñarse de Djem y trasladarlo a Hungría. Un genovés, Battista Spinola, se había encontrado en Marsella con un compatriota; había organizado el plan; había venido a Ferrara para darlo a conocer al duque. Decía que su socio había tenido contactos con Djem, decidido a huir, y habría regresado cerca de él para fijar la fecha de la evasión; luego habría encontrado a Spinola, antes del 25 de diciembre, para especificarle el día y los modos de la fuga del príncipe. A su regreso, Spinola lo habría referido al duque de Ferrara.

Existían, por parte de los que idearon y que efectuaron el plan, dos condiciones. El socio genovés de Spinola pedía que le fuese pagada, cuando Djem hubiese tocado el territorio húngaro, la suma de 100.000 ducados de oro, garantizados por un depósito en el banco de Roma o de Génova. Además, apenas advertido del día y de la modalidad de la fuga, el rey de Hungría debía tener preparados los transportes a caballo sea para el príncipe Djem, sea para el genovés que lo había hecho huir, sea para un guía de confianza enviada por el mismo rey. Spinola confiaba para su remuneración en la generosidad del rey.

Tenía parte del complot también un cierto Pedro Martire de Mantua, con quien el duque Ercole debía ponerse en contacto apenas hubiese llegado a Ferrara un enviado del rey,

al cual el duque mismo había recurrido con urgencia. Pero no se hizo nada: o porque el plan fue descubierto, o porque la suma pedida para el genovés, de quien no se conoce el nombre, era muy elevada. Y a nada llegó tampoco una tentativa hecha por vía diplomática por un agente húngaro con el intento de obtener de los Caballeros la entrega de Djem.

No estamos en grado de identificar con absoluta seguridad al Battista Spinola del complot. Es todavía probable que se tratase del Battista Spinola que alrededor de 1473 resulta en relación de negocios, en Génova, con el mercante Battista de Luco y que -si es la misma persona- en aquellos años, cierto después de 1464, dirigía una fábrica de jabón en Brindisi: "un exemple typique d'une industrie née au point d'escale d'un grand courant du commerce maritime. Elle peut ainsi expédier facilement ses produits vers Chio et la Turquie". A las actividades económicas, que los ponían en contacto con los ambientes más variados, se agregaba, en personajes como éste -si la identificación es exacta- la participación en hechos de intriga internacional.

En Génova o a través de genoveses, se desarrolló una parte y tal vez no secundaria, aún si indirecta, de la cuestión entre Bayaceto y el sultán Djem: en Génova y, tal vez más, en Quíos y Pera. En Génova hizo un viaje desde Roma en 1486 un caballero aragonés, Martino Dans o Dansa o Danst, de la Orden de Jerusalén para ir a visitar Djem. Por intermedio de Génova cumplió, como se ha visto, su misión Barak Reis, con la ayuda de Gaspere Grimaldi, en aquel mismo año.

En Quíos emergen en evidencia las relaciones de algunos personajes de grandes familias genovesas con Bayaceto II. Existe en los archivos de Topkapi Sarayi una carta en griego, hecha escribir por Rafael de Fornari, en Quíos, el 27 de marzo de 1487, al domicilio de Ivan bey Iskender, secretario del Sultán. De ella resulta que Rafael había enviado anteriormente al mismo secretario otra misiva de mano de un griego de Quíos, Pantélis Korésis, y que le había también transmitido una

carta, que le había hecho enviar un amigo suyo de Génova, de quien no se dice el nombre. Este amigo le hace ahora llegar desde Génova nuevas misivas para el secretario del Sultán, destinadas al Sultán mismo. Todas las cartas vienen consignadas, para la entrega al destinatario, a Meliaduçe Spinola o a Luca Sauli.

Rafael de Fornari fue arrendador de la saponaria de Quíos en 1489. Luca Sauli fue arrendador, junto con Lorenzo Landino, Giovanni Castagnola y Giovanni Merano, del derecho de aduana sobre el grano en Quíos por aquél año. De Meliaduçe Spinola no se tiene precisa noticia en la Isla por el mismo período; pero lo encontramos en Pera turca entre 1466 y 1479. Se trata de hombres de negocio de primer plano, cuyas relaciones con el ambiente turco no podríamos decir hasta qué punto permanecieron limitadas al sector económico y hasta dónde terminarían en el ámbito político, no siendo del todo fácil establecer una precisa línea divisoria entre las dos esferas de interés y de actividad.

Se añade que en ese año de 1487 pasaron por Quíos dos hombres de confianza del sultán de Egipto, enviados por él a Francia, y un tercer personaje, enviado también desde Egipto a Francia por la madre de Djem, Çiçek Hatun: se trataba siempre de la cuestión del joven príncipe, prisionero de los Caballeros de San Juan de Jerusalén. De Quíos se trasladó, sobre sus mismas huellas, un informador secreto de Bayaceto, de nombre Antonis, de nacionalidad griega, a la partida del cual permaneció en la isla el hermano para seguir desde aquel excelente punto de observación todos los manejos secretos de la política internacional, sobre todo en las relaciones entre el mundo cristiano y el mundo islámico.

Otro informador de Bayaceto, bien al tanto de la situación de Djem, era Andrea Milas, de origen griego-genovés, nacido de padre genovés y madre oriunda de Trebisonda. Por cuanto parece, era un mercader, "habitaba en Pera, vestía a la italiana y era buen cristiano". Era el hermano del secretario y

hombre de confianza de Bayaceto, Iskender bey. Pera, donde todavía permanecían, en los años ochenta del siglo XV, algunos restos del tráfico y de la presencia de Génova, continuaba siendo otro centro de espionaje y de intrigas: una situación acentuada por la cercanía de la corte otomana en Constantinopla.

Los manejos alrededor de Djem se hacían siempre más urgentes. En 1487 insistían ante el Gran Maestre, para obtener la entrega de Djem, tanto Matías Corvino de Hungría como Kayit bay de Egipto: los dos más directos interesados en eventuales proyectos expansionísticos de Bayaceto. El sultán de Egipto puso a disposición de Pierre D'Aubusson la suma de 20.000 florines para la persona del joven príncipe; pero el Gran Maestre requería 300.000 ducados y la entrega, como contrapartida, del hijo de Djem, Murad, que se encontraba en Egipto con la abuela Çiçek Hatun (y no se hizo nada). El papa Inocencio VIII, que en 1486 había proyectado una cruzada contra el Gran Turco, consideraba como óptimo punto de partida aquél de tener en Roma, en sus manos, a Djem, para proponerlo para el trono de Constantinopla: un motivo al cual se había añadido, sucesivamente, la necesidad de garantías de seguridad, para el joven príncipe, mayores de cuanto ellas fueron en prisión transalpina, donde Ana de Beaujeu, hermana de Carlos VIII de Francia y regente de la corona, era pronta a venderlo al mayor postor, mientras no faltaban los envíos de mensajeros de Bayaceto con funestos proyectos, las presiones de Matías Corvino de Hungría y los intentos de Ercole de Ferrara. Se agrega el intento, casi general, de renovar las preocupaciones del Sultán, haciendo aproximar al área turca la residencia de Djem. El mismo Gran Maestre lo declara en una carta del 27 de febrero de 1487 a Carlos VIII: "S'est par nos dicts ambassadeurs avec Sa Sanctité appoincté pour estre conduit le dit personnage és fortes places de l'Eglise soubx la garde et povoir de nos Chevalliers: par le quel moyen il approche Rhodes et Levant, ensemble les pays du dict Grant

Turc, qui, ce consideré, en luy sera renové la craincte qui maintenant est effasie, abolie et extainte".

Por las conjuras y las maquinaciones contra Djem estaba preocupada la República de Venecia, la cual el 15 de diciembre de aquél mismo año 1487, encargó a sus propios oradores en Roma de hacer presente al Papa la extrema gravedad de la situación "Sunus facti certiores quamplures nuntios sub diversis pretextibus proficisci in Franciam ad reperiendum personam Zien Sultani, fratrem domini Turci, simulantes ei deferre munera et velle illum visitare nomine matris sue [...]. Non possumus esse absque magna suspicione quod huiusmodi nuntiorum assidua frequentatio procedat ex aliqua sinistra machinatione et dolo, et cognoscimus quam discriminatum foret Rei publice christiane si (quod absit!) aliquid sinistri fortassis accideret alius persone fratrem, ita verisimiliter nulla alia maiori cogitatione manere debet quam in procurando media et vias quibus illum, eneno aut aliter, necare facere possit, quoniam, eo defuncto, liber fieret ipse dominus Turcus ab omni cur essetque in sua potestate faciliter executioni mittere ea ut iamdiu adversus rem christianam et precipue adversus statum Italie anhelavit ac continue machinatus est".

El 13 de marzo de 1489 llegó a ser efectiva la nómina del Gran Maestre a la dignidad cardenalicia, dispuesta el 13 de febrero de 1486. En aquel mismo día, después de un lento viaje iniciado el 5 de diciembre de 1488, siempre bajo la escolta de los Caballeros, Djem llegó a Roma, donde fue recibido con gran honor, pero puesto nuevamente bajo estricta vigilancia, primero en el Vaticano, después en el Castillo de San Angel. El título de cardenal a Pierre D'Aubusson puede unirse a toda la obra por él desarrollada en la cuestión de Djem a favor de la Sede Apostólica. Parece probable que el gran traslado del príncipe a Roma debió ser objeto de acuerdos también entre el Gran Maestre y el Sultán, desde el momento en que la nueva situación modificaba la convención entre

Rodas y Estambul de 1483, implicando la revisión de ella, sobre todo por el hecho de que el papa se convertía en el directo responsable de la custodia de Djem y de que la orden de los Caballeros de Jerusalén no podía ya pretender el subsidio anual por parte turca.

Tratativas secretas debieron ser conducidas en 1389, en la isla de Lemno, por Stamatis Loulos, enviado de Pierre D'Aubusson, y de Huseyn bey, enviado de Bayaceto. Ellos debieron servir para preparar los negocios entre el pontífice y el Gran Turco, los cuales empezaron en 1490: tan cierto es que de una carta del Sultán al Gran Maestre, con fecha 28 de abril de ese mismo año, resulta que Pierre D'Aubusson fue encargado de organizar el viaje de un enviado del Sultán a Roma y de asegurar el buen éxito de la misión.

No cesaban mientras tanto, los atentados a la vida de Djem, los complots, las conjuras, en las cuales se veían nuevamente comprometidos personajes genoveses.

En 1490 Venecia advirtió al Papa Inocencio VIII que conocía, a través de un despacho llegado desde Constantinopla, que cierto Giovan Battista Gentile había tramado allá, de acuerdo con el Sultán, un complot contra la vida de Djem, del cual resultaban formar parte un Evangelista, no mejor identificado, un fray dominicano y cierto fray Leonardo, los cuales debían partir para Roma junto con hombres de confianza de Bayaceto. Nos preguntamos si este Gentile fuese un genovés, sobre todo porque un Giovanni Battista Gentile comparece efectivamente en Pera-Gálata en el año 1484.

Era genovés aquel religioso de quien el Sultán se valió, siempre en 1490, para entregar al papa Inocencio VIII algunas propuestas en mérito a la cuestión de Djem. Al dicho mensajero el papa respondió, al despedirlo, que estaba a punto de establecer tratativas con la Puerta por medio de un agente secreto. Se puede suponer que Bayaceto recurriese, por estos encargos, a los religiosos del convento de Pera.

Era ciertamente genovés también aquel Giorgio Buzardo,

que se encontró comprometido en el enésimo intento hecho por Bayaceto, en 1494, cerca del papa Alejandro VI para obtener el asesinato de Djem. En noviembre de aquel año llegaron a Italia tres embajadores del Sultán: uno enviado a Venecia, otro a la corte del rey Alfonso de Nápoles, y el tercero, Assam beg, con destino a Roma, para acompañar allá al nuncio apostólico, Giorgio Buzardo, que volvía de Constantinopla con los 40.000 ducados para el pago de la pensión de Djem. Cerca de Senigallia, Buzardo y su acompañante fueron depredados, por hombres de Giovanni della Rovere, señor de Senigallia y prefecto de Roma, ya sea de la suma de dinero, ya sea de los documentos que el nuncio tenía consigo y que fueron conocidos. Ellos concernían las instrucciones que el pontífice había dado al nuncio en el momento de la partida para Constantinopla, encargándole de informar al sultán del próximo descenso de Carlos VIII en Italia, para cautivar a Djem y aprovecharse de él para una expedición desde Nápoles, contra Grecia y el trono del Sultán. Djem tenía que desembarcar en Turquía con la flota. El papa solicitaba el inmediato pago de los 40.000 ducados de oro para la pensión de Djem, especificando que una suma mucho mayor le era ofrecida por el sultán de Egipto; invitaba a Bayaceto a la tregua en Europa oriental; pedía el apoyo de él contra el rey de Francia.

Entre los documentos solicitados estaban las respuestas y los pedidos del sultán al papa: cinco cartas, en una de las cuales Bayaceto, considerando que antes o después, Djem tenía que morir, y que la muerte de Djem representaría por él, Bayaceto, la vida, rogaba el pontífice de "hacer salir a Djem de las angustias de esta vida y de transportar su alma al otro mundo, donde hubiese tenido un mejor descanso". Pedía que el cuerpo de Djem le fuese entregado en un puerto del Imperio, prometiendo en cambio el pago de 300.000 ducados, sincera amistad por toda la vida, y la tutela de los cristianos en el Imperio.

Entrado en Roma, en su expedición a Italia del año

1494, Carlos VIII de Francia liberó a Djem del cautiverio el 27 de enero de 1495 y lo condujo con su ejército a Nápoles: soñaba con la conquista de Macedonia o más de Constantinopla, de manera que Djem podía resultarle útil frente a Bayaceto. Pero Djem murió luego de una corta enfermedad el 25 de febrero de 1495, en Castel Capuano, en Nápoles (y no en Capua, como se ha dicho). Se habló de envenenamiento por instigación del papa Alejandro VI, pero la acusación no está probada. Los venecianos estuvieron muy preocupados; Ferrante de Nápoles, que se había refugiado en Ischia, se alegró de manera muy atrevida. Como dice justamente Anna Masola, el reino de Bayaceto se puede dividir en dos períodos desde la muerte del sultán Djem, cuya existencia casi "paralizaba" al hermano sultán.

En realidad no se sabe nada de preciso sobre las causas del deceso de este infeliz príncipe otomano, en el cual se inspiró Víctor Hugo en su "Zin - Zimi" de la "Legende des siècles": enérgico, valiente, culto, desaparecido a los treinta y cinco años cumplidos, luego de haber transcurrido casi trece años en cautividad, bajo el cuidado de los Caballeros de San Juan de Jerusalén y en la prisión romana, amaestrando un mono en el juego del ajedrez, haciendo hablar a un loro, componiendo poesías sobre su vida infeliz, deseando desesperadamente regresar a Oriente, hasta preferir la muerte allá -como el mismo dijo- a la vida en Occidente, y cuyas últimas palabras fueron, en agonía, la profesión de la fe musulmana.